

## “Cerrar los ojos a las luces de la razón”: La representación del pirronismo en la *Mémoire* de Meslier<sup>1</sup>

Manuel Tizziani

Universidad Nacional del Litoral (UNL) - CONICET

Email: manueltizziani@gmail.com

### Resumen

Ninguna persona de buen sentido podría negar la evidencia del mundo circundante, a menos que “desea hacerse el pirroniano”, lo que “supondría cerrar los ojos a las luces de la razón”. A partir de esta afirmación, el objetivo de este trabajo consiste en ofrecer una interpretación acerca de la representación del escepticismo pirrónico que presenta Jean Meslier. Para ello, no sólo se intenta esclarecer el posible origen histórico de esa caricatura, sino también el rol que ella desempeña en la argumentación del cura de Étréigny. De este modo, este escrito busca añadir una prueba adicional a la tesis según la cual los manuscritos filosóficos clandestinos -corpus en el que se incluye la *Mémoire*- no tenían por fin ofrecer una imagen fidedigna de la *agôgê* pirrónica.

**Palabras clave:** buen sentido, razón, representación, pirronismo, manuscritos clandestinos

### Abstract

No person of good sense could deny the evidence of the surrounding world, unless he “wished to become a Pyrronian”, which “would mean closing his eyes to the lights of reason”. From this statement, the aim of this work is to offer an interpretation about the representation of Pyrrhonian skepticism presented by Jean Meslier. For this, it not only tries to clarify the possible historical origin of this caricature, but also the role it plays in the argument of the priest of Étréigny. In this way, this paper seeks to add further proof to the thesis that clandestine philosophical manuscripts -the corpus in which *Mémoire* is included- were not intended to provide a reliable image of the Pyrrhonian *agôgê*.

**Keywords:** Good Sense, Reason, Representation, Pyrronism, Clandestine Manuscripts

No hay que hacer a los pirrónicos más ridículos de lo que son, tanto más cuanto que sólo hay que incluir entre los verdaderos filósofos de esta secta a aquellos que tienen algo de *buen sentido* y de filosofía, no a los ignorantes que hablan disparates a ciegas y a los cuales, por medio de argumentos capciosos, se los lleva a decir todo lo que se quiere (*Dudas de los pirrónicos*, p. 29).

### 1. Escepticismo, materialismo y buen sentido

En una paráfrasis atea de las primeras líneas de las *Oeuvres philosophiques* de François Fénelon (1651-1715), cuya primera parte está íntegramente destinada a probar la existencia de Dios en base a pruebas “extraídas del arte de la Naturaleza”<sup>2</sup>, Jean Meslier (1664-1729) dirá que los seres humanos sólo tienen que abrir los ojos para reconocer con toda claridad “que hay un mundo,

<sup>1</sup> Agradezco los comentarios que Paulo Jonas de Lima Piva realizara a una primera versión de este artículo. Sus observaciones me han resultado de mucha utilidad para continuar pensando algunos aspectos importantes de la representación que Meslier posee del escepticismo pirrónico.

<sup>2</sup> “Je ne puis ouvrir les yeux, sans admirer l'art qui éclate dans toute la Nature. Le moindre coup d'oeil suffit pour appercevoir la main qui fait tout” (Fénelon, 1718, p. 1-2). La mano que Fénelon pretende encontrar detrás de los armónicos mecanismo que dirigen los destinos de la Naturaleza no es sino “una mano imaginaria”, afirmará Meslier (1972, p. 233) en la primera de sus notas contra la *Démonstration* del arzobispo de Cambray; de ahí que califiquemos su paráfrasis como “atea”.

es decir, un cielo una tierra, un sol y una infinidad de otras cosas, que se encuentran como encerradas entre el cielo y la tierra” (Meslier, 1971, p. 186). De hecho, insiste el cura, ésta es una evidencia tan manifiesta que ninguna persona de *bon sens*<sup>3</sup> podría ponerla en entredicho<sup>4</sup>,

...a menos que quisiera hacerse expresamente el pirroniano, y deseara dudar de todas las cosas, lo que sería querer cerrar los ojos a todas las luces de la razón humana, y oponerse enteramente a todos los sentimientos de la naturaleza. Si alguien fuera capaz de llegar a ese punto, tendría que haber perdido completamente el juicio, y si deseara persistir absolutamente en tales sentimientos, habría que considerarlo como un loco, antes que emplear inútilmente razones para instruirlo (Meslier, 1971, p. 186).

A partir de esta aseveración, incluida en el inicio del capítulo 67 de la *Mémoire des pensées et sentiments* (c.1729)<sup>5</sup>, podemos afirmar que la intención general de este trabajo consiste en ensayar una interpretación acerca de la representación del escepticismo pirrónico que nos ofrece Meslier. Para ello, no sólo intentaremos ofrecer una breve genealogía que nos permita comprender mejor el origen histórico de dicha representación, lo que haremos en el apartado que sigue, sino también, y principalmente, esclarecer el rol que esa *caricatura* desempeña en la argumentación desarrollada por el cura de Étréigny: tarea que abordaremos en nuestro tercer párrafo. A su vez, en estricta relación con este último aspecto, cabe señalar que el objetivo último de este artículo, tal como pretendemos dejar en claro en nuestra conclusión, es el de añadir un elemento de prueba adicional a una idea ya indicada por Miguel Benítez (1983, 2003a, 2012) y Sébastien Charles (2008). En una palabra, a la hipótesis según la cual la enorme mayoría de los manuscritos filosóficos clandestinos -*corpus* en el que tradicionalmente se incluye a la *Mémoire* de Meslier (cf. Israel, 2001; Benítez, 2003a)- que abordaban la cuestión del escepticismo no tenían por fin ofrecer una imagen fidedigna de la *agôgê* descripta en las *Hipotiposis* de Sexto Empírico<sup>6</sup>, sino servirse del pirronismo con

<sup>3</sup> El concepto de *bon sens* [*buen sentido*], luego retomado y reutilizado por el barón de Holbach (1772), posee un rol muy significativo en la obra de Meslier. Según la mirada del cura, en efecto, el *buen sentido*, como sinónimo de razón natural, no sólo puede ser concebido como una herramienta que permite a los seres humanos evitar los engaños de la religión, o desentrañar las contradicciones de las creencias ciegas sobre las que se sostiene todo el edificio teológico-político del Antiguo Régimen, sino también como un *antídoto* contra las sutilezas de la filosofía. Las que, llevadas al extremo, pueden conducir a posiciones completamente irracionales, como las del escéptico egoísta.

<sup>4</sup> Una idea muy similar puede hallarse ya en el resumen que René Descartes (2012) añade en el inicio de sus *Méditations métaphysiques*. Al referirse al objeto de la última meditación, en la que “aporta todas las razones de las cuales puede concluirse la existencia de las cosas materiales” (pp. 52-53), Descartes afirma también, en efecto, que no aporta esas razones porque “las juzgue muy útiles para probar lo que prueban, a saber, que hay un mundo, que los hombres tienen cuerpos y otras cosas semejantes que jamás han sido puestas en duda por ningún hombre de *bon sens* [en la versión latina, *sanae mentis*]...” (p. 53), sino para mostrar cuán ciertos y evidentes son los conocimientos que tenemos de Dios y de nuestra propia alma.

<sup>5</sup> Según puede concluirse de su extenso título, el fin que persigue Meslier (1972, p. 186) a lo largo de este capítulo es el de mostrar que “el ser no pudo ser creado, [que] el tiempo no pudo ser creado, [que] igualmente, ni la extensión, ni el lugar o el espacio pudieron ser creados, y, por consecuencia, [que] no hay creador”.

<sup>6</sup> Es Pierre Pellegrin (1997, p. 45) quien resalta este carácter *orientativo* del pirronismo: “Ainsi, la philosophie sceptique ne se présente pas comme une doctrine, encore moins comme un système. Sextus la définit comme une *agôgê*, terme qui indique l’action de

diversos objetivos. En este caso concreto, intentamos sostener, con el fin de ridiculizar -como seres que han perdido la razón, y, por tanto, que no deben ser tomados en serio en una discusión filosófica- a quienes pudieran oponerse a la hipótesis materialista que Meslier pretende defender.

## 2. Genealogía de una *caricatura*

¿Cuál es el origen histórico de esta representación *caricaturesca* del pirronismo? ¿Cuál es su genealogía? ¿De dónde habría podido tomarla Jean Meslier? En términos generales, parece posible remontarse hasta la biografía compuesta por Antígono Caristio, cuyos relatos sobre la conducta de Pirrón son retomados en el libro IX de las *Vidas* de Diógenes Laercio (c.180-240). En efecto, sostiene Diógenes, a partir de sus contactos con los gimnosofistas de la India y con los magos de Persia, Pirrón no sólo “filosofó del modo más severo, introduciendo [en Occidente] la doctrina de la incomprendibilidad (*acatalepsia*) y de la suspensión del juicio (*epoché*)” (Diógenes Laercio, 2007, p. 486), sino que también pretendió vivir conforme a esos principios, lo que lo habría hecho actuar de un modo un tanto extravagante. Pirrón entendía que nada es bueno ni malo, ni justo o injusto, y que los seres humanos juzgan y viven en base a la convención y la costumbre, dado que nada es más una cosa que la otra (*ou mallon*).

[Y] era consecuente con esto en su vida, sin desviarse ni tomar precauciones ante nada, enfrentándose a cualquier cosa, a lo que le saliera al paso, tanto carros como precipicios y perros, con total inadvertencia de sus sensaciones. Sin embargo, le ponían a salvo, según dicen los seguidores de Antígono de Caristo, sus amigos que lo acompañaban. [...] Siempre mantenía la misma compostura, de modo que, si alguien le abandonaba en mitad de una charla, él concluía la disertación para sí mismo, aunque de joven fue bastante emotivo. Muchas veces, cuenta [Antígono], salía de viaje, sin advertir a nadie, y vagaba en compañía de los que le apetecían. Incluso, una vez que Anaxarco cayó en un pantano, pasó de largo sin socorrerlo. Y como algunos lo acusaron de esto, el propio Anaxarco lo elogió por su carácter impasible e indiferente (Diógenes Laercio, 2007, p. 486-487).

Más allá de su veracidad, o incluso de su simple credibilidad -la que será puesta en duda, por ejemplo, por el *libertin érudit* François de La Mothe Le Vayer (1588-1672)<sup>7</sup>-, esta representación nutrirá los escritos de importantes filósofos del renacimiento tardío y la modernidad clásica, como, por ejemplo,

---

conduire ou de guider -dans ce cas aussi variés que ceux de conduire un char, les affaires de la cité, son esprit par l'éducation et, d'une manière plus générale, sa vie tout entière”.

<sup>7</sup> En la segunda parte de *De la vertu des païens*, uno de cuyos capítulos se encuentra dedicado Pirrón y a la secta escéptica, La Mothe Le Vayer (1757, p. 285-286) afirmará lo que sigue: “Bien sé que Antigonus Carystius dijo que Pirrón no había querido desviarse ni por una carreta, ni por un precipicio, ni por el encuentro de un perro rabioso, y que sólo sus amigos lo habían preservado de todos estos inconvenientes. Pero, ¿por qué razón creeríamos más a este Antigonus que a Enesidemo, quien escribió ocho libros sobre la secta de los pirrónicos y aseguró que su jefe no cometió jamás ninguna de estas extravagancias? Ciertamente, las mismas son tan poco creíbles, y es tan difícil imaginar cómo un número tan importante de filósofos las pudo haber aprobado, que me encomendaré a Enesidemo aun cuando esos hechos no fueran contradichos por nadie y el resto de la vida de Pirrón no ratificara su falsedad...”.

”. Diversos estudiosos contemporáneos del escepticismo, como Stough (1969), Burnyeat (1980) o Stopper (1983), también consideran que los relatos de Antígono son sólo una parodia.

Michel de Montaigne (1533-1592) o Pierre Bayle (1647-1706)<sup>8</sup>. El primero de ellos, asiduamente leído por Meslier<sup>9</sup>, aprovechará su ensayo sobre la virtud para volver a relatar las historias reunidas por Diógenes Laercio, afirmando que Pirrón, al igual que el resto de los filósofos antiguos, intentó que su vida se correspondiera con su doctrina. En efecto, afirma Montaigne, como Pirrón había comprendido con claridad que la debilidad del juicio humano es tan extrema que no puede tomar con certidumbre ninguna inclinación, se proponía dejarlo “perpetuamente en equilibrio”, acogiendo todo de un modo indiferente.

Se cuenta que mantenía siempre la misma actitud y el mismo semblante; si había empezado a decir algo, no dejaba de terminar por más que su interlocutor se hubiese marchado; si andaba, no interrumpía su camino por muchos obstáculos que se le presentaran, protegido de los precipicios, del choque con las carretas y demás accidentes por sus amigos. En efecto, temer o evitar alguna cosa habría sido oponerse a sus proposiciones, que privaban aun a los sentidos de toda elección y certeza. Una vez soportó que le hicieran una incisión y cauterización con tal firmeza que ni siquiera le vieron parpadear (Montaigne, 2007, p. 1058)<sup>10</sup>.

Pierre Bayle, por su parte, parece haberse sentido más cercano a la opinión del escéptico La Mothe Le Vayer, puesto que, según afirma en el cuerpo del artículo que dedica a Pirrón en su *Dictionnaire historique et critique* (1697), estos relatos sobre la impasibilidad del iniciador de la vía *zetética* no parecen ser más que una burda caricaturización.

Es preciso tomar por una broma de mal gusto los cuentos de Antigonus Carystius acerca de que Pirrón no prefería nada a nada, que una carreta y un precipicio no le obligaron un paso atrás o al costado y que los amigos que lo

---

<sup>8</sup> El texto de Diógenes, compuesto -según se supone- durante las primeras décadas del siglo III d.C, fue traducido por Ambrosius Traversarius, monje de la Orden de la Camáldula, en 1431, e impreso primero en Roma, Venecia (1475) y Núremberg (1476), para luego ser reeditado en diversos lugares y ocasiones. En 1570, el famoso editor francés Henri Estienne publicó en París una versión en dos volúmenes, añadiendo diversas notas a los primeros nueve libros y revisando la versión latina de Ambrosius. Una segunda edición “cum Is. Casauboni notis multo auctior”, fue publicada en París en 1593; una tercera, en Ginebra (1615). Es indudable que Montaigne y Bayle accedieron a alguna de todas ellas, como así también Pierre Gassendi, quien prestó especial atención al último de los libros: el dedicado a la vida y a la doctrina de Epicuro.

<sup>9</sup> Sobre el modo en cómo estaba compuesta la austera biblioteca de Jean Meslier, *cf.* Benítez (2012); sobre la importancia específica que adquirió Montaigne entre sus contadas lecturas, *cf.* Tizziani (2016).

<sup>10</sup> Cabe señalar, sin embargo, que, al igual que La Mothe Le Vayer, Montaigne también pondrá duda el carácter fidedigno de dicha representación. Sobre todo, cuando -en el marco de la *Apología del Ramón Sibiuda*- realice un análisis más pormenorizado del pirronismo: “En cuanto a las acciones de la vida, [los pirrónicos] se atienen a la forma común. Ceden y se acomodan a las inclinaciones naturales, al impulso y la coacción de las pasiones, a las constituciones de las leyes y las costumbres y a la tradición de las artes. *Non enim nos Deus ista scire, sed tantummodo uti uoluit* [Dios no quiso que supiésemos estas cosas, sino tan sólo que las usáramos]. Dejan que tales cosas guíen sus acciones comunes, sin opinar ni juzgar. Por eso, no puedo acordar del todo con este razonamiento lo que se dice de Pirrón. Lo describen insensible e inmóvil, adoptando una forma de vida salvaje e insociable, aguardando el choque de los carros, ofreciéndose a los precipicios, rehusando acomodarse a las leyes. Esto es ir más allá de su enseñanza. No pretendió convertirse en una piedra o en un tronco; quiso llegar a ser un hombre vivo, reflexivo y razonable, un hombre que goza de todos los placeres y bienes naturales, que emplea y utiliza todos sus elementos corporales y espirituales de manera ordenada y recta” (Montaigne, 2007, p. 742).

“Cerrar los ojos a las luces de la razón”: La representación del pirronismo en la *mémoire de Meslier*<sup>1</sup>

seguían le salvaron con frecuencia la vida. No hay indicio alguno de haya sido loco hasta ese extremo (D) (Bayle, 2010, p. 255-256)<sup>11</sup>.

Sin embargo, quizás en un ejercicio del más clásico estilo pirrónico, en la búsqueda de la *isostheneia*, Bayle también parece haber otorgado cierto crédito a las historias sobre la admirable indolencia del filósofo de Elis. Pues, tan sólo un par de líneas más abajo, agrega:

La indiferencia de Pirrón fue sorprendente (E): nada le gustaba y por nada se enfadaba, y jamás hombre alguno estuvo tan convencido como él de la vanidad de las cosas (F). Cuando hablaba, no se molestaba mucho en saber si le prestaban atención o no, y continuaba hablando aun cuando sus oyentes se hubiesen ido (Bayle, 2010, p. 256)<sup>12</sup>.

De todos modos, cabe aclarar que, más allá de que en este artículo de Bayle pueda encontrarse una primera identificación entre el *pirronismo extremo* y la locura, sabemos con bastante certeza que Meslier nunca habría tenido la oportunidad de leer estas líneas del *Diccionario*<sup>13</sup>. Y sabemos, además, que el artículo sobre Pirrón que se encuentra incluido en el *Grand dictionnaire historique* de Louis Moréri (1643-1680), texto que Bayle se proponía enmendar con su propia obra y al que Meslier sí habría tenido acceso<sup>14</sup>, no ofrece ninguna información que pueda haberle permitido concluir que el mítico sabio Elis, o alguno de sus seguidores más inmediatos, haya perdido la razón. Ni siquiera, que alguno de ellos haya sido tan extravagante como para llegar a suponer la irrealidad fenoménica de las sensaciones que les eran transmitidas a través de los sentidos, o la inexistencia de su propio cuerpo<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> En la observación D, Bayle retoma y cita ampliamente el texto de François de La Mothe Le Vayer que hemos traído a colación en una nota anterior.

<sup>12</sup> En la observación E, Bayle vuelve a relatar la historia de la caída de Anaxarco, y la indiferencia que Pirrón supo mostrar ante dicho percance; en la F, acercándose a las reflexiones de la *Apología* de Montaigne, refiere a la de la inanidad de la naturaleza humana, así como también al modo en cómo las circunstancias afectan nuestros pareceres. Retomando una sentencia de Homero en la que se compara la opinión de los hombres con las hojas que son arrastradas por los vientos, Bayle concluye: “Esto cuadra maravillosamente bien con la hipótesis de los pirrónicos: ellos buscaban siempre sin encontrarse seguros en ningún sitio, a cada momento se sentían dispuestos a razonar de una nueva manera, según la variación de las circunstancias” (Bayle, 2010, p. 268-269).

<sup>13</sup> Según la interpretación de Gianluca Mori (2000, p. 381), la relación entre Meslier y Bayle fue “puramente conceptual, y no revela una filiación histórica directa. Pues, según toda probabilidad, Meslier jamás leyó ni conoció las obras de Bayle”. En efecto, podríamos agregar aquí, el nombre de Bayle sólo habría sido conocido por el cura de Étrépigny a través de las *Réflexions sur l’Athéisme* del jesuita Tournemine.

<sup>14</sup> El *Abrégé de la vie de l’auteur*, texto de circulación manuscrita y clandestina que acompañaba a diversos resúmenes de la *Mémoire*, y que será impreso por Voltaire junto con el *Extrait des Sentiments de Jean Meslier* en 1762, nos ofrece las primeras noticias sobre algunos de los textos que el cura de Étrépigny habría tenido a la mano: “Los principales de sus libros eran la Biblia, un Moréri, un Montaigne, y algunos Padres; no fue sino de la lectura de la Biblia y de los Padres de donde él obtuvo sus sentimientos”. Documento reproducido por Miguel Benítez (2012, p. 32-33).

<sup>15</sup> En su breve artículo, Moréri (1759, p. 649) sólo indica que “Pirrón era extremadamente solitario, y apegado a las meditaciones filosóficas”. El resto de los datos son de carácter biográfico, o remiten a observaciones generales acerca de la escuela fundada por Pirrón.

Así, dejando de lado las descripciones caricaturescas y potencialmente suicidas de Pirrón que el cura de Étrépy pudo haber hallado en las reconfiguraciones modernas de los relatos de Diógenes Laercio, podríamos sospechar que la representación del escepticismo exacerbado y *egotista* que se presenta en las páginas de la *Mémoire* tiene un origen más cercano, y que ella podría ser rastreada, por caso, hasta las *Méditations métaphysiques* de René Descartes. Es en esas líneas, en efecto, en donde el camino de la duda hiperbólica llevará a Descartes a suponer -de modo afectado o fingido, podríamos suponer con Meslier- la inexistencia de todo aquello que parece constituir el mundo material, incluido su propio cuerpo. Así, por ejemplo, en aquellos pasajes de la primera meditación en los que Descartes supone la existencia de un genio artero y engañador, nuestro filósofo llegará a afirmar lo que sigue:

Pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las cosas exteriores que vemos no son más que ilusiones y engaños, de los cuales [el genio maligno] se sirve para sorprender mi credulidad. Me consideraré a mí mismo como si no tuviera manos, ni ojos, ni carne, ni sangre, como si no tuviera sentido alguno, pero creyera erradamente tener todas esas cosas (Descartes, 1992, p.67-69 [AT, IX, 17-18])<sup>16</sup>.

No obstante, dado que Meslier nunca refiere explícitamente a Descartes, tampoco contamos con elementos que nos permitan afirmar de manera concluyente que el cura habría tenido un contacto directo con sus escritos<sup>17</sup>. En tal sentido, siguiendo las observaciones realizadas por Miguel Benítez (2012), no parece haber motivos para dudar de que las únicas fuentes cartesianas de las que se habría nutrido el pensamiento de nuestro cura son aquellas obras que él menciona en forma explícita, esto es, la *Recherche de la vérité*, de Nicolás Malebranche, y la *Démonstration de la existence de Dieu*, de Fénelon. Es en esta última, en efecto, en donde Meslier pudo haber hallado reproducido el camino de la duda inaugurado por Descartes<sup>18</sup>. Una “duda universal” que, según los autores del Prefacio de la edición de 1718, habría de conducirnos a la máxima certidumbre respecto de las “pruebas metafísicas de la existencia de Dios”. Pues, según estos mismos editores, Fénelon se habría conducido “de una manera bien diferente de la de aquellos otros filósofos que han seguido la misma ruta” (Fénelon, 1718, p. III). ¿Qué significa esto?

[Que] la duda de nuestro Autor no es un juego sutil del espíritu, en el cual, luego de haber dudado de todo, se presenta el inventor de un nuevo sistema lleno de bellas ideas, pero secas, estériles y puramente especulativas. La duda de nuestro Filósofo tiene un objetivo completamente otro; nos conduce a verdades más sólidas. Él lo emplea en un inicio para hacernos sentir la debilidad humillante del espíritu humano, y nos inspira a continuación el ardiente deseo de buscar una luz superior para esclarecernos. El Autor no nos

---

<sup>16</sup> Para considerar con mayor detalle las novedades que trae consigo el “invento cartesiano” de un escéptico que es capaz de dudar de “si tiene cabeza”, cf. Bahr (2010).

<sup>17</sup> Las elucubraciones sobre la posible lectura de Descartes son deudoras de un pasaje del ya mencionado *Abrégé de la vie de l'auteur* en donde se indica que “Estando en el Seminario [de Reims], donde él [Meslier] vivió con mucha regularidad, se vinculó al sistema de Descartes” (cit. Benítez, 2012, p. 32).

<sup>18</sup> No obstante, restaría explorar también la otra posibilidad, es decir, aquella que podría llevarnos a pensar que la representación que Meslier posee del pirronismo se debe, al menos en parte, a la *Recherche* de Malebranche.

conduce hacia los abismos del Pirronismo sino para hacernos sentir el horror, y provocarnos un sincero deseo de salir [de él] (Fénelon, 1718, p. III-IV).

Sin embargo, podríamos añadir aquí, antes de alcanzar la verdad inmovible de la propia existencia, y de deducir de ella la necesidad de un creador infinitamente poderoso y bondadoso, Fénelon también ha explorado los límites de la razón, habiendo adoptado el mismo principio metodológico que Descartes, esto es, el de considerar como falso todo aquello que pudiera suscitarle la más mínima incertidumbre. Por ese ejercicio, Fénelon se habría visto obligado a recluirse en el interior de sí mismo, dudando de la veracidad de todo aquello que parece rodearlo: del cielo y de la tierra, de los sentidos y de su propio cuerpo.

He aquí lo que es necesario hacer si deseo seguir la Razón. [Dado que] ella no debe creer sino en aquello que es cierto, y no debe dudar sino de aquello que es dudoso, hasta tanto encuentre alguna cosa invencible por la pura razón, que me muestre la certidumbre de todo lo que yo llamo naturaleza y universo, el Universo entero debe resultarme sospechoso de no ser más que un sueño y una fábula. Toda la naturaleza no es, quizás, sino un vano fantasma (Fénelon, 1718, p. 324-325).

Más allá de estas observaciones, ya elocuentes por sí mismas, la principal fuente de la que Meslier pudo haberse servido para advertir los desvaríos a los que pueden arrastrarnos las sutilezas de la filosofía, o el escepticismo exacerbado -identificado aquí con el pirronismo y el *egotismo*-podría no ser tampoco Fénelon, sino el jesuita René-Joseph Tournemine (1661-1739). En efecto, en sus *Réflexions sur l'Athéisme*, añadidas como epílogo en la edición de la *Démonstration* de Fénelon que fuera detalladamente anotada por Meslier<sup>19</sup>, Tournemine no sólo incluye una serie de consideraciones críticas sobre la presunta incredulidad de Pierre Bayle y Baruch Spinoza, sino también algunas reflexiones sobre “el libro inglés de un cierto Berkey”<sup>20</sup> (sic), quien, según su mirada, habría sido el responsable de inaugurar “una filosofía

---

<sup>19</sup> Las notas marginales de Meslier a la *Démonstration de l'Existence de Dieu* de Fénelon, y a las *Réflexions sur l'Athéisme* de Tournemine, datan al menos del año 1718. Fue en esa fecha, en efecto, en las que estas obras fueron editadas en París bajo un indicativo título: *Obras filosóficas. Primera parte: Demostración de la existencia de Dios extraída del arte de la Naturaleza. Segunda parte: Demostración de la existencia de Dios y de sus atributos, extraída de pruebas puramente intelectuales y de la idea del Infinito mismo, por el difunto Señor François de Salignac de la Motte Fénelon, Preceptor de los Niños de Francia y después Arzobispo Duque de Cambray, Príncipe del Santo Imperio, etc.* Esta presentación, por extensa y detallada que pareciera, no informaba sin embargo sobre la totalidad del contenido del libro, el cual reunía tres textos: una primera parte, ya publicada en París en 1713, en la que Fénelon deducía la existencia de Dios “de las maravillas de la naturaleza”; una segunda parte, inédita e inspirada en las vías seguidas por san Agustín, Descartes y Malebranche, en la que se probaba esa misma existencia a través de “pruebas puramente intelectuales”; y un epílogo -aparecido como prefacio en la segunda edición parisina de 1713- de Tournemine bajo el título: *Reflexiones del Padre Tournemine, Jesuita, sobre el Ateísmo y sobre la Demostración de Monseñor de Cambray y sobre el Sistema de Spinoza... Aumentadas de nuevo.* En efecto, en la versión de 1718 se añadían tres páginas contra el epicureísmo y seis páginas contra la filosofía de Berkeley. Las doscientas sesenta notas que Meslier dejó en los márgenes de esta edición se mantuvieron inéditas hasta la que Jean Deprun las incluyó, bajo el título de *Anti-Fénelon*, en la edición de las *Oeuvres complètes* (1972, p. 207-384). Recientemente, hemos culminado una traducción de este texto, el que aparecerá en el trascurso del año 2018 bajo el sello editorial de El Cuenco de Plata (Buenos Aires, Argentina).

<sup>20</sup> Se trata, claro, de George Berkeley (1685-1753).

directamente opuesta a este sistema [de Spinoza]” (Tournemine, 1718, p. 554), renovando los esfuerzos de los partidarios de la incredulidad.

Los impíos de esta secta no dicen ya que todo es materia; ellos dicen que todo es espíritu. El mundo, según ellos, no está compuesto más que de seres pensantes. Todo lo que creemos ver y sentir como corporal: la extensión, el movimiento, estas ciudades, estas casas que creemos habitar, estas personas a las que creemos hablar, estos cuerpos que creemos tener, estas carnes que creemos comer, todo ello no tiene nada de real; son vanas ideas, fantasmas que nuestro espíritu fabrica (Tournemine, 1718, p. 554-555).

En efecto, agrega el jesuita unas líneas más abajo, “uno de estos filósofos” ha llevado esa idea hasta tal punto, que “me dijo muy seriamente que podía ser que no existiera nada más que él en el mundo, y que él fuera el único ser” (Tournemine, 1718, p. 556). Pasaje ante el cual Meslier realiza un comentario tan lacónico como significativo: “Debe ser más loco que sabio para tener tales sentimientos” (Meslier, 1972, p. 351). De hecho, siguiendo el ejemplo de *Le Mariage forcé* de Molière, podría pensarse que el argumento más sólido que podría esgrimirse contra estos *egoístas* no sería producto del buen sentido o de la razón, sino que se encontraría vinculado a un recurso menos elegante, pero de indudable eficacia: un civilizado golpe de bastón<sup>21</sup>.

Luego de haber ofrecido esta genealogía, de haber intentado mostrar con algún detalle cuáles serían las posibles fuentes de las que podría haberse servido Meslier para configurar su caricaturesca representación del “pirrónico”, pasemos ahora a analizar los argumentos en los que el extravío intelectual que sufre esta clase de personajes es utilizado por el cura con un elemento de *prueba retórica* en favor del materialismo.

### 3. Pirronismo, creacionismo e hipótesis materialista

¿Qué rol desempeña la representación del pirronismo en el razonamiento desarrollado por Meslier? ¿Por qué el pirrónico es equiparado con el solipsista, con quien incurre en el desvarío de negar la existencia de la realidad material, incluida la de todo aquello que no sea su propia mente? ¿Qué provecho saca Meslier de dicha analogía? Para ofrecer una respuesta a estas preguntas, será necesario precisar, con anterioridad y cierto detenimiento, qué se proponía mostrar el cura de Étrépy.

En primer lugar, cabe mencionar que las referencias al pirronismo se incluyen en una serie de capítulos que forman parte de la Séptima Prueba de la *Mémoire*, prueba en la cual Meslier se propone demostrar la falsedad de las religiones y la inexistencia de Dios en base a una crítica de las opiniones que los

---

<sup>21</sup> Sébastien Charles (2009, 2013) ha señalado en varias ocasiones esta característica tan peculiar del egoísmo solipsista, el que se presenta, por paradójico que pueda resultar, como una posición filosófica tan absurda como irrefutable. Además, ha indicado otra posible genealogía de la caricatura del escepticismo: la que se iniciaría con una sátira de Luciano de Samosata, *Vitarum auctio* [*Les sectes à l'encan*], continuaría con los capítulos XXXV-XXXVI del Tercer Libro de *Gargantúa y Pantagruel*, de François Rabelais, y culminaría con la escena V de *Le Mariage forcé*, de Molière (cf. Charles, 2009, p. 325-326). De todas maneras, diversos intérpretes de Meslier, iniciando con el clásico de Maurice Dommanget (2008, p. 95), coinciden en que su conocimiento de Luciano habría sido sólo de segunda mano, posiblemente, a través del *Diccionario* de Moréri y los *Ensayos* de Montaigne.

seres humanos poseen acerca de dicha existencia<sup>22</sup>. En ese marco, no sólo pretenderá sustentar su propia posición apelando a la autoridad de “la mayor parte de los eruditos y sabios de la antigüedad [que] han negado o puesto en duda la existencia de los dioses” (Meslier, 1971, p.150), como Sócrates, Platón o Aristóteles; o convocando como testigos a “célebres ateos” de todos los tiempos, como Giulio Cesare Vanini, el naturalista Plinio, el cómico Luciano de Samosata, François Rabelais o Baruch de Spinoza<sup>23</sup> (Meslier, 1971, p. 150-154). Sino que también elaborará una serie de objeciones al *argumento del designio*, esto es, a ese clásico razonamiento -retomado, como indicamos al inicio, en la primera parte de la *Démonstration* de Fénelon- por el cual “el arte”, la belleza, el orden y las perfecciones de las obras de la naturaleza eran consideradas como una prueba irrefutable de la existencia necesaria de una inteligencia ordenadora.

En fin, toda la Naturaleza muestra el arte infinito de su autor. Cuando hablo de un arte, quiero decir un conjunto de medios elegidos para alcanzar un propósito específico. Es un orden, una disposición, una industria, un diseño seguido. El azar es todo lo contrario, una causa ciega y necesaria que no prepara, que no ordena, que no elige nada, y que no posee ni voluntad ni inteligencia. De allí sostengo que el universo exhibe el carácter de una causa infinitamente poderosa e industriosa (Fénelon, 1718, p. 7-8).

Ante afirmaciones de este talante, y ya imbuido por completo en un debate de carácter metafísico, Meslier se propone analizar dos hipótesis contrapuestas acerca del origen del mundo, a fin de determinar cuál de ellas resulta “la más verdadera o verosímil” (Meslier, 1971, p. 172). Por un lado, analizará la tesis de los *deícolos*<sup>24</sup>, es decir, la de quienes sostienen, como Fénelon, que ninguna de las perfecciones que se hallan en las obras de la naturaleza serían posibles sin un hábil artífice; por otro, la de quienes -como él mismo- entienden que esas perfecciones “no demuestran ni prueban en absoluto la existencia ni, por consiguiente, el poder ni la sabiduría de otro artífice que no sea la propia naturaleza, que hace todo lo que podemos ver de más bello y admirable” (Meslier, 1971, p.169)<sup>25</sup>.

---

<sup>22</sup> Según él mismo declara, Meslier seguirá tres caminos para probar dicha falsedad e inexistencia: a través de “argumentos demostrativos extraídos de principios de la metafísica, de principios de la física y de principios de la moral” (Meslier, 1971, p. 150). En efecto, luego de una suerte de introducción histórica (caps. 60-63), la Séptima Prueba se desarrolla según este triple contenido: metafísico (caps. 64-73 y 78-81), físico (caps. 82-85) y moral (caps. 74-77 y 86).

<sup>23</sup> Más allá de esta mención, y al igual que habría ocurrido con los textos de Descartes y de Bayle, las obras de Spinoza nunca habrían sido conocidas o leídas por Jean Meslier. En efecto, Jean Deprun (1970, p. LXXXVI-LXXXVII) se ha opuesto a la tesis sostenida por Gustave Lanson (1912) y retomada por Paul Vernière (1954), quienes creían encontrar “un curso de spinozismo” en la parte metafísica de la *Mémoire*. Deprun, por su parte, no sólo niega que el cura haya sido instruido “por Spinoza”, sino también “acerca de Spinoza”, y sostiene que su ontología no se deriva de los axiomas y proposiciones de *Ética*, sino de la obra de Malebranche. De hecho, en base a una reinterpretación de la noción de “ser en general”, Deprun llega a afirmar que la posición de Meslier se condice con la de un “disidente del cartesianismo”; mejor dicho, con la un “malebranchiano de extrema izquierda”.

<sup>24</sup> “Deícolos”, “deicristícolos” y “archideicristícolos”, son, según la opinión de Thierry Ottaviani (2000), diversas maneras a través de las cuales Meslier refiere a una misma doctrina: la del cartesianismo.

<sup>25</sup> En estas líneas, Meslier retoma una distinción que ya había realizado en sus notas a la *Démonstration* de Fénelon: la que existe entre “las obras del arte”, producidas por el ingenio de los seres humanos; y “las obras de la naturaleza”, que son causa y efecto de sí mismas, es decir, del movimiento espontáneo de la materia. Como ha afirmado con

El primer argumento presenta algunas dificultades de no poca importancia, como la de multiplicar innecesariamente las causas y la de exponernos al peligro de un regreso *ad infinitum*. Pues, si se admitiera que el mundo natural es producto de una inteligencia ordenadora que es más perfecta que él, ¿qué nos impediría suponer, a su vez, que esta primera causa es el efecto de una causa todavía más perfecta y poderosa? Pregunta que podría reproducirse una y otra vez, produciendo una *justificación* “que repugna enteramente a la recta razón” (Meslier, 1971, p. 170)<sup>26</sup>. Ahora bien, si los deícolos no admitieran esta posibilidad, y establecieran que todas las perfecciones y potencias imaginables se agotan en el Dios que produce la naturaleza, ¿qué nos impediría suponer el carácter superfluo de esta causa? ¿Acaso no sería más razonable pensar que todas esas perfecciones se encuentran ya en la naturaleza misma? En una palabra, podemos concluir: o los deícolos admiten la posibilidad de la relación causal, abriendo la puerta al regreso al infinito, o no la admiten, dando paso a la hipótesis del naturalismo materialista. Puesto que suponer un único Dios perfecto es un razonamiento “manifiestamente vano, no sólo porque supone de manera gratuita y sin pruebas lo que es objeto de controversia” (Meslier, 1971, p. 171), incurriendo en una falacia de *petitio principii*, sino también porque, al momento de admitir una causa primera, “es tan fácil decir y suponer que el mundo es por sí mismo lo que es, que decir y suponer que Dios es por sí mismo lo que es” (Meslier, 1971, p. 171). Aunque, como veremos hacia el final de este apartado, la intención general de Meslier es mostrar que la suposición materialista resulta mucho más sencilla y admisible que la suposición creacionista.

En relación con la segunda hipótesis, esto es, la de la naturaleza como *causa sui*, Meslier afirma que ella parece poseer fundamentos muchos más sólidos:

Pues es manifiesto y evidente que hay mucha más razón en atribuir la existencia necesaria, o la existencia por sí misma, a un ser real y verdadero que se ve y siempre se ha visto, y que se encuentra siempre de un modo manifiesto por todas partes, que atribuírsela a un Ser que no es sino imaginario, y que no se ve ni se encuentra por ninguna parte. De igual modo, es manifiesto y evidente que hay mucha más razón en atribuir la existencia por sí misma a perfecciones que se ven y se han visto siempre, que atribuirle a perfecciones imaginarias que no se ven y que no se encuentran por ninguna parte, y que incluso jamás se han visto ni encontrado es ninguna parte (Meslier, 1971, p. 172).

Sin embargo, admite Meslier, si bien resulta más razonable y sensato atribuir el origen de la existencia de todo lo que es -y de todas las perfecciones que podemos hallar en la naturaleza- a un sustrato que podemos ver y tocar, que a un ser cuyas perfecciones y potencias sólo podemos concebir mediante el uso de la imaginación, ello no implica que la hipótesis del materialismo no exhiba también algunos inconvenientes. En efecto, afirma el cura, tanto el “sistema de la creación” como el “sistema de la formación natural del mundo”

---

razón Lima Piva (2006, p. 176): “Para Meslier, a pretensa perfeição da natureza não prova a existência de nenhuma divindade, tampouco de uma divindade perfeita. A natureza não é uma obra de arte, como sustentam os metafísicos cristãos, logo, não é o resultado do talento de um artista sobrenatural. Ao contrário, ela é autossuficiente, capaz de compor-se e de se recompor sem nenhum outro auxílio extrínseco”.

<sup>26</sup> Cabe aclarar que la “repugnancia” de la que nos habla Meslier es una repugnancia lógica, es decir, una contradicción. En esta forma de expresión puede hallarse, con toda claridad, una de las importantes herencias intelectuales recibidas por un cura formado en el Seminario de Reims: la de la escolástica.

implican un misterio “no menos oculto y por lo menos igualmente difícil de explicar y concebir” (Meslier, 1971, p. 173). Pues, en ambos casos se parte de un mismo supuesto: el de la existencia de un ser necesario y eterno, que es por sí mismo lo que es.

Y así, siendo que la dificultad es o parece ser igual de una parte y de la otra, no habría más razón para decir que el mundo, y todas las cosas del mundo, fueron creadas por Dios, que para decir que ellas fueron desde siempre lo que son, y que se habrían formado y ordenado por sí mismas en el estado en el que están, [y] que la materia habría sido de sí misma desde toda la eternidad... Este primer razonamiento ya debería bastar para hacernos suspender el juicio al menos durante algún tiempo; pues en una controversia de esta naturaleza, en la que no se trata sino de descubrir la verdad de una cosa, si no hay más apariencia de verdad de un lado que del otro, no hay razón de querer juzgar antes en favor de uno que en favor del otro (Meslier, 1971, p. 174).

A partir de aquí, ateniéndose al menos por unos instantes a la *epoché*<sup>27</sup>, el cura se propone analizar cada una de las hipótesis con mayor detalle, a fin de establecer si las dificultades resultan exactamente iguales en ambos casos, o si, por el contrario, es posible inclinar la balanza en favor de la que él se encuentra interesado en defender. Con ese objetivo, Meslier reconstruye una serie de importantes inconvenientes que pueden hallarse en la primera de ellas<sup>28</sup>, para luego concluir que el sistema defendido por la teología de los cristianos y sostenido filosóficamente por los cartesianos presenta diversos rasgos que *repugnan a la razón*. Pues “es evidente que el sistema de la creación del mundo, o que la suposición del sistema de la creación del mundo, implica necesariamente un número casi infinito de dificultades inexplicables, llenas de contrariedades y absurdos insostenibles” (Meslier, 1971, p.178).

No ocurre lo mismo con la hipótesis materialista, la que, si bien se sustenta sobre una serie nada desdeñable de supuestos -como el de que la materia es eterna, el de que es lo que es por sí misma y el de que posee por sí misma el movimiento- que no pueden elucidarse del todo mediante el uso de la razón humana, “no contiene contradicción ni causa repugnancia alguna”, por lo que se puede afirmar que el sistema de la formación natural de las cosas no posee ningún ingrediente “que sea imposible” (Meslier, 1971, p. 179). Sin embargo, añade Meslier:

---

<sup>27</sup> Miguel Benítez (2003b, p. 464), quien también ha analizado estos pasajes con cierto detalle, nos habla de un “escepticismo de vuelo”, puesto que “el equilibrio de las razones no es sino aparente”. Los editores de las *Oeuvres complètes* de Meslier afirman que esta suspensión del juicio no estaría vinculada al pirronismo, sino que sería “de inspiración cartesiana”. Lo que no carece de sentido, pues, como veremos a continuación, y como también acuerda Benítez, el recurso al escepticismo es más bien metodológico: una duda transitoria que le permitirá allanar el camino hacia la certeza.

<sup>28</sup> Un análisis detallado de cada una de las cuatro dificultades señaladas por Meslier implicaría una desviación de nuestro tema, por lo que hemos optado por ofrecer en esta nota un mínimo resumen de cada una de ellas: la primera dificultad consiste en la imposibilidad de explicar y concebir con claridad la esencia o naturaleza de ese ser soberano al que se le atribuye la creación de todo lo demás; la segunda, en ofrecer razones convincentes que puedan justificar la atribución de la eternidad y la independencia a Dios, y no a la materia, siendo que ambos sistemas parten del mismo supuesto: la necesidad de admitir un primer ser o una primera causa no creada que sería eterna e independiente de toda otra causa; la tercera, en concebir y explicar cómo sería posible la creación *ex nihilo*; la cuarta, finalmente, en establecer con precisión dónde se encuentra ese ser que supuestamente ha creado todo lo demás (cf. Meslier, 1971, p. 174-176).

Sé bien que no es fácil de concebir qué es lo que precisamente hace que la materia se mueva, ni qué es lo que hace que ella se mueva de tal o cual manera, o con tal o cual fuerza y velocidad. Confieso que no puedo concebir el origen y el principio eficaz de este movimiento, pero no veo sin embargo ninguna repugnancia, ningún absurdo, ni ningún inconveniente en atribuírselo a la misma materia. No veo que pueda encontrarse ninguno, ni que incluso los mismos partidarios del sistema de la creación podrían hallar alguno. Todo lo que ellos pueden oponer a esto es decir que los cuerpos, grandes o pequeños, no tienen en ellos mismos la fuerza de moverse, puesto que no hay, dicen, ninguna ligazón necesaria entre la idea que ellos tienen de los cuerpos y la idea que tienen del movimiento (Meslier, 1971, p. 180-181).

Pero esta objeción de los cristócolos “no prueba nada”, afirma Meslier, ya que la imposibilidad de establecer una conexión necesaria entre la idea de un cuerpo y la idea de una fuerza capaz de producir el movimiento, no impide pensar que ella es posible, porque “la ignorancia en la que nos encontramos [respecto] de la naturaleza de una cosa no prueba de ningún modo que esa cosa no exista” (Meslier, 1971, p. 182). Así, en suma, mientras la hipótesis del sistema de la creación implica contradicciones manifiestas, de las que debería concluirse necesariamente su falsedad, la hipótesis del sistema de la formación natural del mundo no repugna a la razón natural, no entra en contradicción lógica con los sanos principios por los que debe guiarse todo ser humano que preste atención a los dictados del *bon sens*.

Ahora bien, Meslier comprende con claridad que hay una diferencia muy importante entre probar la no-imposibilidad de esta “suposición muy simple y natural” (Meslier, 1971, p.179) y probar que ella sea necesaria, por lo que recurrirá a una estrategia retórica adicional con el fin de terminar de inclinar la balanza del lado esta de segunda posición. En ese marco, recordando algunas de las lecciones que pudo haber aprendido de su asidua frecuentación de los *Essais* de Montaigne, no sólo ofrecerá diversos ejemplos que pueden aleccionarnos sobre nuestra ignorancia de la naturaleza de múltiples relaciones causales<sup>29</sup>, sino que también apelará a la caricaturización de quienes podrían elaborar distintas objeciones contra la tesis del materialismo, como los pirrónicos, personajes extravagantes capaces de llegar a negar lo evidente<sup>30</sup>, o los “hábiles filósofos o espíritus sutiles” (Meslier, 1971, p. 184), quienes prefieren postular mil causas imaginarias e incomprensibles antes que aceptar que los cuerpos puedan moverse y generarse por sí mismos. Por tanto, a los fines de aducir una *prueba indubitable* a favor de la hipótesis que sostiene que la materia es lo que es por sí misma, que ella posee por sí misma la capacidad del movimiento y que ella es la causa eficiente de todo lo demás, Meslier afirma que expondrá “un principio que sea tan claro y tan evidente que ninguna persona pueda ponerlo en duda” (Meslier, 1971, p. 186). Aunque, cabe aclarar una vez más, que ese conjunto sólo incluirá a las personas de *bon sens*, esto es, a quienes no se encuentren completamente embaucados por las creencias ciegas sobre las que se sostiene la religión de los *cristócolos*, ni hayan perdido el

---

<sup>29</sup> Como la que existe entre el ojo y la vista, la que se da entre la voluntad y el movimiento de los miembros de nuestro cuerpo, la que se presenta entre la agitación de las fibras del cerebro y el pensamiento, o la que se da entre el vientre de las mujeres y la generación de los seres humanos (cf. Meslier, 1971, p. 182-184).

<sup>30</sup> “Y como es cierto que la materia se mueve y no hay nadie que pueda negarlo, ni incluso ponerlo en duda, a menos que se sea un pirroniano, es preciso, necesariamente, que ella tenga de sí misma su ser y su movimiento, o que ella haya recibido de alguien más el uno y el otro...” (Meslier, 1971, p. 182).

juicio en el juego de las sutilezas filosóficas, como lo han hecho los cartesianos, los pirrónicos y los discípulos de Berkeley.

El principio es el siguiente: vemos claramente que hay un mundo, es decir, un cielo, una tierra, un sol, y una infinidad de otras cosas que se encuentran como encerradas entre el cielo y la tierra. Esto es algo de lo que ninguna persona puede razonablemente dudar, a menos que quisiera hacerse expresamente el pirroniano... (Meslier, 1971, p. 186).

Pues si alguien pretendiera poner en duda la verdad evidente de este principio, no estaría haciendo otra cosa que cerrando “sus ojos a las luces de la razón” y oponiéndose por completo a los sentimientos que la naturaleza ha impreso en los seres humanos. En efecto, sostiene Meslier, resulta muy difícil creer que este nivel de sutileza filosófica -o, a mejor decir, de alienación- sea realmente posible; que alguien sea “tan pirrónico ni tan loco” como para no sentir ni saber, o incluso estar persuadido de que existen diferencias manifiestas entre el placer y el dolor, entre el bien y el mal, “como así también entre un buen pedazo de pan que se come con una mano y una roca que se sostiene con la otra” (Meslier, 1971, p. 187). En efecto, al igual que las historias de Pirrón que nos han llegado a través de Diógenes Laercio, parece decir Meslier, la existencia de posiciones filosóficas tan extravagantes no son más que una invención de ingenio humano. Una sátira, una parodia.

El pirronismo no llega a dudar de estas cosas, por lo que puede decirse que él es más imaginario que real, y que es más un juego del espíritu que una verdadera persuasión del alma; es por eso que, dejando de lado esta duda universal y afectada de los pirrónicos, sigamos las más claras luces de la razón, que nos muestran evidentemente la existencia del ser (Meslier, 1971, p. 187).

La existencia del ser es algo que se nos impone de modo necesario: sabemos y sentimos que somos, que pensamos; por lo tanto, “es claro y evidente, al menos para nosotros mismo, que el ser es” (Meslier, 1971, p. 187). Pues si el ser no existiera, nosotros no seríamos; y si nosotros no existiéramos, no habría pensamiento. Es este *cogito materialista*<sup>31</sup> -posible de ser enunciado, quizás, bajo la forma: “Pienso, luego el ser existe”-, en definitiva, el que le permite a Meslier terminar de elucubrar una prueba concluyente en favor de la hipótesis materialista. Lo que el cura realiza en los siguientes pasos: en primer lugar, como ha quedado establecido por aquel principio antes mencionado, nos vemos obligados a reconocer la existencia del ser, ya que su evidencia se nos impone; en segundo, no sólo debemos admitir que su existencia es necesaria, sino también eterna, porque él no podría haber comenzado a ser de la nada (*ex*

---

<sup>31</sup> Así lo ha denominado Jean Deprun (1972, p. 367-371), aunque también Benítez y Lima Piva han abordado la cuestión. En términos generales, y más allá del modo en cómo este *cogito* puede ser enunciado (según Benítez (2003b, p. 473-474): “Meslier no pretende afirmar «Pienso, luego soy un cuerpo», sino más bien «Pienso porque soy materia organizada en mi cuerpo»”; según Lima Piva (2006, p. 178), “Este *cogito materialista* –una vez que identifica o Ser com a Matéria– invierte a fórmula cartesiana do «Penso, logo existo» para «Existo, logo penso»”), podría decirse que Meslier no realiza ninguna deducción lógica. Pues, según su mirada, la existencia de la materia es una verdad evidente e indubitable: el punto arquimédico sobre el que se sostiene todo el edificio. En tal sentido, cabe señalar -de nuevo con Benítez (2012)- que Meslier no otorga una preeminencia al “pensar” sobre el “ser”, sino todo lo contrario: pensamos porque somos, dado que nuestro cerebro es un *assemblage* de materia organizada. Asimismo, dado que nuestra alma y nuestro cuerpo se hallan constituidos por la única substancia que existe en el universo, ningún hiato separa al hombre del mundo. De ahí que para negar la existencia de ser que nos rodea haya que estar simplemente loco, o, lo que es lo mismo, ser un pirrónico.

*nihilum nihil fit*) ni habría podido ser causado por ningún otro, ya que él es el único que existe; en tercer lugar, sería necesario admitir que el ser, además de necesario y eterno, es “el primer principio y el primer fundamento” (Meslier, 1971, p. 188) de todo lo que existe, pues todas las cosas no son más que “participaciones o porciones del ser”; en cuarto lugar, finalmente, si este “ser en general” es necesario, eterno y fundamento de todas las cosas, deberá concluirse que “no hay nada creado, y, por consecuencia, [que] tampoco [hay] creador” (Meslier, 1971, p. 189).

#### 4. El escepticismo en la literatura clandestina

En un artículo publicado hace ya algunos años, Sébastien Charles (2008) realizó una revisión de los estudios destinados a desentrañar la relación existente entre el ateísmo, el materialismo y el escepticismo en el corpus de los *manuscritos filosóficos clandestinos*. En esas páginas, no sólo reconstruyó con cierto detalle las posiciones que asumieron al respecto estudiosos como John Spink, Alan Kors, Gianni Paganini o Miguel Benítez (1983, 2003a, 2012), sino que también retomó una serie de tesis ya desarrolladas por éste último. Entre ellas, aquella por la que se afirma que:

a excepción de los *Arguments du pyrrhonisme*, manuscrito que expone en detalle algunas argumentaciones escépticas a una joven ávida de saber más sobre el pirronismo, ningún manuscrito clandestino tuvo como ambición proporcionar una visión imparcial de lo que fue el escepticismo, o recordar la historia de la secta y las disputas propias a esa corriente de pensamiento (Charles, 2008, p. 96-97; cf. Benítez, 1983, p. 45).

A diferencia de Spink (1982), para quien “escepticismo, “ateísmo” y “materialismo” podían ser considerados como términos sinónimos en la literatura clandestina, Benítez y Charles parecen acordar en que, si bien es cierto que el escepticismo suele hallarse presente en muchos de estos manuscritos, un análisis más detallado de cada uno de ellos muestra que la fórmula de Spink resulta claramente exagerada. En efecto, sostienen estos autores, en aquellos textos en los que busca sustentarse la hipótesis materialista, el escepticismo no suele presentarse como “una corriente de pensamiento específica”, sino más bien como

un método de investigación y de exposición que impregna al materialismo clandestino... una actitud que pone en cuestión los conocimientos que hemos recibido -los prejuicios-, que tiene consciencia de los límites existentes en la búsqueda de la verdad y que, por ello mismo, se muestra modesta en sus pretensiones” (Benítez, 1983, p. 45).

El escepticismo sería, entonces, una suerte de herramienta; la que, utilizada con moderación y en su dosis justa, puede servir como una importante aliada a la hora de buscar la verdad. Pues, como en segundo lugar resalta Benítez: “lo cierto es que el rechazo del escepticismo sistemático, de la duda como sistema, es prácticamente general” (1983, p. 45). En efecto, si bien los utensilios del escepticismo pueden resultar muy provechosos a la hora de poner en crisis las imposturas de la religión, el pirronismo exacerbado, o la duda como “un juego sutil del espíritu”, puede conducirnos a posiciones irracionales como el del solipsismo defendido por los discípulos de Berkeley.

En línea con estas ideas, la intención general de nuestro trabajo ha sido mostrar que la *Mémoire* de Meslier bien podría adaptarse a la interpretación

esbozada por Benítez y retomada por Charles. Pues el cura de Étrépnigny, lejos de interesarse por ofrecer una imagen fidedigna de los preceptos básicos de los seguidores de Pirrón, parece haberse servido de algunas de sus herramientas - como la de la momentánea *epoché*- y de una representación caricaturesca del escepticismo exacerbado. Todo ello, según nuestra mirada, con el fin de ridiculizar la posición de sus posibles oponentes; de dejar en claro que ningún ser humano que no hubiera perdido el juicio en el juego de las sutilezas filosóficas sería tan extravagante para negar la evidente superioridad de la hipótesis materialista.

## BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO (2017) *Dudas de los pirrónicos*, traducción, introducción y notas de Fernando Bahr, Buenos Aires, El Cuenco de Plata.
- BAHR, Fernando (2010) “Los escépticos modernos y la génesis del *cogito* cartesiano”, *Revista Latinoamericana de Filosofía*, XXXVI-1, p. 59-85.
- BAYLE, Pierre (2010) *Diccionario histórico y crítico*, selección, traducción, prólogo y notas de Fernando Bahr, Buenos Aires, El Cuenco de Plata.
- BENÍTEZ, Miguel (1983), “La duda como método. Escepticismo y materialismo en la literatura clandestina del siglo XVIII en Francia”, *El Basilisco*, 15, p. 44-61
- BENÍTEZ, Miguel (2003a), *La cara oculta de las Luces. Investigaciones sobre los manuscritos filosóficos clandestinos de los siglos XVII y XVIII*, Valencia, Biblioteca Valenciana.
- BENÍTEZ, Miguel (2003b), “Meslier, la doute méthodique et le matérialisme”, en Gianni Paganini (ed.), *The Return of Scepticism. From Hobbes and Descartes to Bayle*, New York, Springer Science/Business Media, p. 463-474.
- BENITEZ, Miguel (2012) *Les yeux de la raison. Le matérialisme athée de Jean Meslier*. Paris, Honoré Champion.
- BURNYEAT, Miles (1980) “Tranquility without a stop: Timon, Fr. 68”, *Classical Quarterly*, XXX, p. 86-93
- CHARLES, Sébastien (2008) “Ceticismo e clandestinidad”, traducción de Paulo Jonas de Lima Piva, *Sképsis*, II, 3-4, p. 95-108.
- CHARLES, Sébastien (2009) “Skepticism and Solipsism in the Eighteenth Century: Revisiting the Egoist Question”, en José R. Maia Neto, Gianni Paganini, John Christian Laursen (ed.), *Skepticism in the Modern Age. Building on the Work of Richard Popkin*, Leiden/Boston, Brill, p.325-341.
- CHARLES, Sébastien (2013) “Fiction philosophique et fiction littéraire au siècle des Lumières : le cas de la secte égoïste”, en B. Binoche et D. Dumouchel (dir.), *Passages par la fiction. Expériences de pensée et autres dispositifs fictionnels de Descartes à Madame de Staël*, Paris, Herman, p. 75-93.
- DESCARTES, René (1992) *Méditations métaphysiques, Objections et réponses. Édition Bilingue*, Paris, Flammarion.
- DIÓGENES LAERCIO (2007) *Vidas de los filósofos ilustres*, traducción, introducción y notas de Carlos García Gual, Madrid, Alianza.
- DOMMANGET, Maurice (2008), *Le curé Meslier. Athée, communiste & révolutionnaire sous Louis XIV*, Paris, Éditions Coda.
- FENELON, François (1718) *Oeuvres philosophiques. Démonstration de l'existence de Dieu*, Paris, Florentine Delaulne.
- HOLBACH, Paul Henri Thiry (1772) *Le Bon-Sens ou Idées naturelles opposées aux Idées surnaturelles*, À Londres [Amsterdam, chez Marc-Michel Rey].
- ISRAEL, Jonathan (2001) *Radical Enlightenment. Philosophy and Making of Modernity 1650-1750*, Oxford, Oxford University Press.

- LA MOTHE LE VAYER, François (1757) *De la vertu des païens, Oeuvres*, Dresde, Chez Michel Groell, t. V.
- LANSON, Gustave (1912) "Questions diverses sur l'histoire de l'esprit philosophique en France avant 1750", *Revue d'Histoire littéraire de la France*, 19-1, p. 1-29.
- LIMA PIVA, Paulo Jonas (2006) *Ateísmo e revolta. Os manuscritos do padre Jean Meslier*, São Paulo, Alameda.
- LUCIEN DE SAMOSATE (1912), "Les sectes à l'encan", en *Oeuvres complètes*, traduction, introduction et notes par Eugène Talbot, Paris, Hachette, t. I, p. 199-214.
- MESLIER, Jean (1970) *Oeuvres complètes*, édition animée et coordonnée par Roland Desné, Jean Deprun et Albert Soboul, Paris, Anthropos, t. I.
- MESLIER, Jean (1971) *Oeuvres complètes*, édition animée et coordonnée par Roland Desné, Jean Deprun et Albert Soboul, Paris, Anthropos, t. II.
- MESLIER, Jean (1972) *Oeuvres complètes*, édition animée et coordonnée par Roland Desné, Jean Deprun et Albert Soboul, Paris, Anthropos, t. III.
- MONTAIGNE, Michel de (2007) *Los ensayos*, traducción de Jordi Bayod Brau, Barcelona, El Acantilado.
- MORÉRI, Louis (1759) *Grand dictionnaire historique*, Paris, Les libraires associés, t. VIII.
- MORI, Gianluca (2000) "Jean Meslier, stratonicien redivivus", en Miguel Benítez et al (ed.), *Materia Actiosa. Antiquité, Age Classique, Lumières. Melanges en l'honneur d'Olivier Bloch*, Paris, Honoré Champion, p. 381-418.
- OTTAVIANI, Thierry (2000) "Influences et limites de la pensée cartésienne dans l'athéisme de Jean Meslier", en Emmanuel Chubilleau y Éric Puisais (dir.), *Les Athéismes philosophiques*, Paris, Éditions Kimé, p. 79-104.
- PELLEGRIN, Pierre (1997) "Introduction", en Sextus Empiricus, *Esquisses pyrrhoniennes*, Paris, Éditions du Seuil, p. 9-45.
- SPINK, John (1982) "Pyrrhonien et Sceptique synonymes de Matérialiste dans la littérature clandestine", en Olivier Bloch, *Le matérialisme du XVIIIe siècle et la littérature clandestine*, Paris, Vrin, p. 143-148.
- STOPPER, M.R. (1983), "Schizzi Pirroniani", *Phronesis*, XXVIII, p. 265-297.
- STOUGH, Charlotte (1969) *Greek Skepticism*, Berkeley, University of California Press.
- TIZZIANI, Manuel (2016) "«Autant qu'il y aura d'encre et de papier au monde». Meslier lecteur de Montaigne", *La Lettre clandestine*, 24, p. 297-316.
- TOURNEMINE, René-Joseph (1718), *Réflexions sur l'Athéisme*, en François Fénelon, *Oeuvres philosophiques*. Paris, Florentine Delaulne, p. 523-559.
- VERNIÈRE, Paul (1954), *Spinoza et la Pensée française avant la Révolution*, Paris, PUF,

2018